

ban ya en la ciudad, y entré en el fuerte en el mismo instante en que el Papa Clemente llegaba por los corredores.

«Irritados los soldados por la muerte de Borbon, no dieron cuartel, y sacrificaron mas de 8000 romanos en una sola parte de la ciudad.

«Tal vez nunca, en la historia del mundo, dice Sismondi, una tan gran capital habia sido abandonada á un abuso mas atroz de la victoria; nunca poderoso ejército habia sido formado de soldados mas feroces, ni habia sacudido tan horriblemente el yugo de la disciplina. No fué bastante ver entregadas á la rapacidad de los soldados las riquezas sagradas y profanas, que la piedad de los fieles ó sus industrias juntaban en la capital del orbe cristiano, sino que las mismas personas de los desdichados moradores, fueron tambien entregadas al capricho y á la brutalidad de la soldadesca; mientras que mugeres de alta estirpe eran víctimas de una incontinencia que, al parecer, nunca quedaba saciada, los que eran considerados como ricos, y de quienes se sospechaba que ocultaban sus riquezas, eran puestos en el tormento. Por medio del potro se les obligaba á firmar billetes y á agotar la bolsa de los amigos que tenian en tierra extranjera. Muchos prelados sucumbieron á estos padecimientos. Después de redimidos, muchos otros se veian obligados de nuevo á ser rescatados, y murieron de resultas de estas violencias, de su afliccion ó de su horror. Se veia á los soldados alemanes, en la doble embriaguez del vino y de la sangre, pasear montados en asnos á obispos vestidos de pontifical, arrastrar por las calles á los cardenales, cargándoles de ultrajes y de golpes. La avidez hundia las puertas de los tabernáculos, mutilaba las obras maestras de las artes. La biblioteca del Vaticano fué saqueada, las plazas y las iglesias de Roma eran un mercado donde los soldados vendian á las doncellas y á los caballos; y estos espantosos excesos, que llegaban á cometerse tambien en la basílica de San Pedro y San Pablo, asilo venerado cuando Alarico, aquel pillaje que en tiempo de Genserico no habia durado mas que catorce dias, duraron sin tregua dos meses.»

Apartemos con horror la vista de cuadro tan desconsolador: es un triste espectáculo contemplar aunque sea en las páginas de la historia, la profanacion de los templos, las hecatombes de víctimas

inocentes, las grandes obras de arte destruidas. Miguel Angel desde lo alto del castillo de San Angelo, único refugio, en aquellos dias, de los católicos, podia observar con dolor como ardian los andamios colocados en las alturas de San Pedro, para la continuacion de aquella obra gigantesca destinada á desafiar los siglos. ¡Las artes no olvidarán jamás aquellas impías profanaciones!

¿Y qué hacia entre tanto el gran emperador Carlos V? El era el dueño de aquel ejército que vilipendiaba la religion y la ciudad de los Papas. El era, pues, el que perturbaba la cristiandad: él era el que podia evitar aquellos desastres. Y sin embargo no lo hacia. La historia no puede menos de registrar la hipocresía que en aquella época servia de máscara al gran monarca. Desde Aranjuez, mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del Santo Padre que se hallaba sitiado en el castillo de San Angelo, y se vestia de luto por las desgracias de la Iglesia, que podia evitar y no evitaba.

¿Quién podrá explicar aquella conducta? ¿Aparecia ya en el mundo esa escuela que, en nuestros dias, tantos males causan á la Iglesia, compuesta de hombres que llamándose católicos ponen una vela á San Miguel y otra al diablo? Afortunadamente esta escuela católico-liberal, ha sido solemnemente condenada por el Sumo Pontífice Pio IX, y de consiguiente los católicos sabemos á que nos hemos de atener en este punto. Tal vez los remordimientos de la conciencia hicieron á Carlos V despojarse del manto de los Césares para cubrirse con el sayal del cenobita. Hizo bien: el que se arrepiente y busca el cielo, lo encuentra, si su arrepentimiento es sincero y verdadero.

Dejemos ahora á la pluma de Montor el desarrollo de estos sucesos, así como el explicar el principio del cisma de Inglaterra, de esa nacion poderosa que tantos dias de gloria habia dado á la Iglesia y que habia producido tan gran número de santos.

«El cardenal Pompeyo Colonna, otro enemigo de Clemente VII, habia entrado en Roma al frente de una tropa de aldeanos de sus tierras señoriales. Habia abrazado con sacrilego ardor la causa de Carlos, y se gozó al principio con la humillacion del Papa y el despecho de Renzo de Ceri; pero es preciso añadir rápidamente que este príncipe de la Iglesia, este romano, no pudo soportar por

mucho tiempo la vista de la profanacion de los templos y del dolor de su patria. Sus aldeanos quisieron robar lo que había escapado á los españoles y á los luteranos, y no pudo contenerse. Sintióse penetrado de una piedad profunda, vertió lágrimas de arrepentimiento, despidió en seguida á los bandidos que había llevado consigo, y solo dejó para su guardia algunos aldeanos sumisos y fieles. Luego abrió su palacio á los que quisieron refugiarse en él; rescató con su dinero á cardenales cautivos, sin distinguir entre amigos ni enemigos. En la generosa franqueza de su penitencia, habria tendido la mano á un Frasini. Mandó distribuir víveres á muchos desgraciados que, habiéndolo perdido todo, iban á morir de hambre. Los grandes crímenes han sido causa muchas veces de grandes virtudes.

»Cuando el ejército hispano-aleman consentía en reconocer un general, era Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, quién lo mandaba, y con el tiempo acabó por hacer respetar algunas veces su autoridad.

»Clemente VII suplicaba de nuevo al duque de Urbino que fuese á acampar en *Monte Mario*, posicion muy fuerte, desde donde es muy fácil inquietar y atacar á Roma. ¿Qué podía temer el vencedor? Todo lo que no temia. Pero la Róvere, enemigo de los Médicis y de Leon X, que le había privado de su principado por espacio de algun tiempo, (nuevo efecto de males producidos por el nepotismo), enemigo de Leon X hasta la mas vil tenacidad, repetía sin cesar que su ejército no tenia bastantes municiones. Los venecianos le rogaron que se pusiera en marcha; pero se mantuvo sordo á todas las súplicas.

»Roma había sido saqueada por los galos trescientos setenta y dos años despues de su fundacion; por Alarico rey de los godos, en 24 de Agosto de 410 de la era cristiana; por Genserico, rey de los vándalos, en 455; por Odoacro, en 467; por los ostrogodos, en 536; por los godos, en 538; por Totila, rey de los godos, en 546, y otra vez en 17 de Setiembre de 548, las primeras familias se vieron reducidas á tal extremo de miseria, que las damas patricias tuvieron que mendigar á las puertas de los godos; por el emperador Constantio II, en 5 de Julio de 663; por los lombardos, en 750; por Astolfo, rey de la misma nacion, en 775; por los sarracenos del

Africa, en 896; por el emperador Arnolfo, en 996, y por el emperador Enrique IV en 1084; pero los excesos, las matanzas cometidas por el ejército de Carlos V hicieron olvidar á los romanos la rapacidad de los bárbaros que les habían despojado.

»Aquellos alemanes luteranos, aquellos españoles católicos, despues de haber cometido juntos las execraciones mas brutales, quisieron insultar á Roma con mas audacia: reuniéronse en una de las capillas del Vaticano y revestidos con las insignias cardenales, depusieron al papa Clemente y procedieron á la eleccion de un nuevo Pontífice. Ridiculizando las ceremonias del cónclave, todos dieron su voto á Lutero, patriarca de la revuelta, y fué proclamado Papa en Roma por aquella abominable reunion.

»Clemente, abrumado por tan horrosas desdichas, arrastraba una vida de dolores y de lágrimas en el castillo de San Angelo. Siete meses estuvo sitiado, desde el 6 de Marzo al 9 de Diciembre, y vióse obligado á rendirse con las mas duras condiciones. Se exijieron por su rescate 400,000 escudos de oro, que tuvo que pagar. Pidiéronse rehenes, y tuvo que entregar á sus mejores amigos, los cardenales Francisco Orsini, Paulo Emilio Cesi, Alejandro Cesari, Agustin Trivulzi y Nicolás Gaddi, como tambien á Juan Mateo Giberti, obispo de Verona, Antonio Pucci, obispo de Pistoya, Onofre Bartolini-Salimbeni, arzobispo de Pisa.

»Todos fueron encerrados en el palacio del cardenal Pompeyo Colonna, y trasladados luego á Nápoles.

»El Papa, con quien quedaron trece cardenales, fué guardado como prisionero por el español Alicornio, que ya había sido carcelero de Francisco I, el cautivo de Pavía. El español trató al Papa como á un jefe de ladrones. Entonces Clemente, dudando más que nunca de la buena fé de Carlos V, huyó á Orvieto disfrazado de mercader y escoltado por Luis Gonzaga. Allí le dió hospitalidad Nicolás Ridolfi, su pariente, obispo de la ciudad. Entre tanto los soldados del ejército de Borbon dejaron á Roma á instancias del cardenal Campeggio, legado de la Santa Sede, y Clemente pasó á Viterbo, entrando despues en Roma el dia 6 de Octubre de 1528.

»Cuando el emperador Carlos V supo la continuacion de estas calamidades inauditas, de la capital del mundo católico y del jefe de la Iglesia, continuó fingiendo el mas vivo dolor, suspendió las

fiestas dispuestas para el nacimiento de su hijo Felipe, redobló su luto y mandó hacer nuevas rogativas públicas para implorar la asistencia del cielo contra tantas desgracias. Pero todos conocieron la hipocresía en el trono cuando la falsedad del emperador, en vez de poner al Papa en libertad, le detenía prisionero, deshonrándose con sus súplicas por la libertad de aquél, á quien solo él podía darla, á quien, si hubiese querido, habría podido devolver su capital en ménos de un mes. ¡Tristes son en la historia espectáculos semejantes! Se asegura que este príncipe había gustado de trasladar á Clemente á Madrid, para enseñar un Papa encadenado, despues de haber saciado á sus pueblos con la presencia de un rey de Francia por tanto tiempo prisionero; pero Carlos temía que este nuevo exceso le hiciera odioso á los ojos de sus pueblos, y sobre todo de sus obispos que detestaban la sola idea de ultraje tan violento contra el vicario de Jesucristo.

»Clemente, poco despues antes de estas lúgubres escenas, había beatificado á Pedro de Luxemburgo, de los condes de Ligny, familia célebre que había dado reyes á Bohemia y emperadores á Alemania.

»Es sabido que Enrique VIII, rey de Inglaterra, había casado con Catalina de Aragon, viuda de Arturo, su hermano, y tia de Carlos V, habiendo obtenido para ello dispensas de Julio II; pero este príncipe, entregado por otra parte á sus amores con Ana Bolena, á pesar de haber vivido veinte y ocho años con Catalina, pidió en 1528 al papa Clemente, que entonces se hallaba en Viterbo, que la Santa Sede consintiese en romper el matrimonio contraído con Catalina, para que Enrique pudiese casarse de nuevo con Ana Bolena. No era solo el amor á Ana lo que determinaba al rey á hacer esta petición. Cortesanos, teólogos desobedientes á Roma, persuadian al desdichado monarca de que no era válida la dispensa concedida antes, y que no debía haberse casado con la viuda de su hermano. Lo repetimos, tales escrúpulos atormentaban á este príncipe insensato despues de veinte y cinco años, y despues de haber hecho uso por tanto tiempo de una dispensa dada por Julio II, papa legitimamente elegido.

»Los jurisconsultos que tales consejos daban, eran movidos, mas por el amor á la ganancia que por los cálculos de la razon: es mani-

fiesto que el caso de una dispensa semejante, que es absolutamente y sin duda alguna del poder del papa, no había sido raro. Martin V, antes que Julio II, había concedido al conde de Foix permiso para casarse con la viuda de su hermano; Pagi, Tomasini, Rainaldi y Natal Alejandro lo atestiguan. Alejandro VI había dispensado á Manuel, rey de Portugal, que se había casado sucesivamente con dos hermanas. Y para citar ejemplos posteriores, despues del concilio de Trento, Clemente VIII ha permitido al rey de Polonia casarse con la viuda de su hermano; Luisa Maria de Gonzaga se casó sucesivamente, mediante dispensa pontificia, con los dos hermanos Ladislao Segismundo y Juan Casimiro, ambos reyes de Polonia; Urbano VIII concedió trece dispensas de esta clase; Alejandro VII concedió ocho; Clemente X un número igual; dos, Inocencio XI; dos, Inocencio XII, Clemente XI dió tambien varias, y todos estos papas anteriores y posteriores á Enrique VIII, son hombres ilustres por sus doctrinas y virtudes. Estaban convencidos de que el impedimento de afinidad *transversal* no es un mandamiento de la naturaleza, sabían que la ley de Moisés mandaba que un hermano tomase por esposa á la viuda de su hermano, bajo pena de infamia.

»Estoy poco familiarizado con tan altas doctrinas, y si he consignado aquí un resúmen, es porque al hacerlo me he apoyado en un escritor tan respetable como Novaes. Si él no ha escrito esta nota, ha permitido á lo menos que un hábil teólogo de Roma la compusiera para insertarla en los *Elementi della storia de sommi pontifici*.

»Debo añadir que semejantes dispensas fueron concedidas desde el tiempo de la gerencia del cardenal de Cernis, y que en mi tiempo, en Roma, se han solicitado otras sin obstáculo.

»Vuelvo á Clemente VII. Dió este provisionalmente una severa contestacion á la demanda de Enrique VIII, sin dejar de confiar el exámen de la cuestion á los cardenales Campeggio y Valsey. La reina Catalina apeló de un juicio que le pareció, y con razon, demasiado favorable á los desórdenes del rey é injurioso para la memoria de Julio II.

»Hémos de nuevo en el tiempo en que se quería obligar á un nuevo Clemente á mancillar la memoria de uno de sus predecesores.

»Mandada la causa á Roma, fué entregada á Pablo Capizucchi, dean de la Rota, que la examinó detenidamente tres años, con la esperanza de que el rey arrepentido abandonaría su proyecto.

»Enrique VIII tuvo entonces la audacia de constituirse juez en el asunto y reputándose á sí mismo árbitro conveniente, se atrevió á casarse con Ana Bolena en 1533. Esta no cesaba, para irritar al príncipe, de decir que no correspondería á su amor mientras no se viera reina legítima, por mas que hubiese sido antes, segun dicen, menos austera con otros á quienes habia prostituido su honor, como su madre y su hermana habian hecho con Enrique VIII, el fatal libertino que tantos males debía causar á la Iglesia.

»Enrique habia echado de Inglaterra al cardenal Compeggio y retirado su favor á Volsey. Enterado el Papa de lo que sucedia en Inglaterra, lanzó una bula por la cual excomulgaba á Enrique, si dentro de un mes no habia vuelto á tomar á su legítima esposa Catalina y dejado á la cortesana Bolena.

»Súplicas, consejos saludables, amenazas, exhortaciones, promesas de afeccion, nada pudieron sobre el espíritu de Enrique. Tratábase este negocio con mucha delicadeza y toda la Europa sabia que casi siempre seguia á la excomunion el perdon ó un acto de clemencia, al menor movimiento de arrepentimiento por parte del excomulgado. Clemente reunió, en 23 de Marzo de 1534, un consistorio y en él, veinte y dos cardenales, todos los que se hallaban en Roma, declararon que el matrimonio de Enrique y Catalina era válido y firme. Solo tres cardenales fueron de opinion que concediera el divorcio. El rey fué condenado por los restantes diez y nueve á respetar su matrimonio con Catalina. La sentencia proferida por el Papa *oidos los cardenales*, era una consecuencia de la decision; las censuras acababan de ser confirmadas, y se habia declarado que el rey habia incurrido en ellas.

»Los que en un caso no previsto hacen una regla para los hechos anteriores, acusan á Clemente de muy imprudente en esta deliberacion, y dicen: «Si la sentencia pontificia se hubiese diferido, como pedia Francisco I, el cisma de Inglaterra no se hubiera verificado, pues seis dias despues de fulminada la excomunion, llegaron cartas á Roma en las que el rey de Francia participaba que Enrique se sometia á la Santa Sede y prometía obedecer los

juicios del Papa, si éste no le separaba de la comunión de los fieles. Enrique deseaba que el Papa consintiese en excluir del exámen de la causa á los hombres que le eran sospechosos, y que se enviaran á Cambray comisarios encargados de recibir las razones, motivos y excusas que presentasen los delegados del rey.»

»Los acusadores de Clemente añaden que apenas pasaron veinte y un meses desde la época de la separacion á la muerte de Catalina, y con esta muerte la disputa hubiera cesado. Pero se responde en favor de Clemente que con el pontificado no habia recibido el don de profecía, para preveer los sucesos futuros. Catalina podia vivir mucho mas tiempo, y Enrique, que en 1533 se habia casado con Ana Bolena, quedaba en estado de divorcio. Clemente habia esperado mucho tiempo, y ninguno de sus consejeros creia que llegara alguna circunstancia que pudiese cambiar el estado de la cuestion. El desenfreno de Enrique, la santidad del matrimonio hollada, despreciadas con arrogancia las palabras del gefe de la Iglesia, todas estas circunstancias terribles, exigian fuerza en el Papa para defender los principios cristianos.

»¿Quien sabe además si las promesas del rey, apasionadamente ciego, que llegaron despues de la sentencia, habrian sido sinceras, dóciles y durables?

»Novaes elogia á Bercastel, cuyas opiniones aprueba en un todo. Otras razones pueden tambien alegarse, tales como las siguientes: El rey no escuchaba los consejos de la razon y no queria ceder; el clero inglés era rico, y podia despojársele sin que el príncipe renunciase á su pasion. Inmensas abadías, tierras considerables, rentas, beneficios, pasaban á las manos del fisco. Clemente acaso habia esperado que los mismos sucesos hubiesen tenido lugar, sin que la historia pudiese elogiar, como tiene derecho de hacerlo, la firmeza del Papa y su adhesion á las reglas que no desconoció ni un momento siquiera.

»Damos con dolor estos detalles acerca de la extincion de la fé en Inglaterra. Los ingleses habian recibido la religion católica por medio de las predicaciones de José de Arimatéa; la fé, casi olvidada, habia sido restablecida por el hijo del rey Lucio, que suplicó al Papa San Eleuterio le enviara misioneros, los cuales consiguieron que el rey y la isla admitiesen la fé que reinó en el país hasta

los furiosos de Diocleciano, época en que fué destruida casi enteramente. Gracias al celo de San Gregorio el Magno, volvió á florecer á fines del siglo V por medio de algunos religiosos que mandó á Inglaterra. Desde aquel momento floreció durante cerca de mil años, siempre sólida, pura y sin mancha, como es de ver por la obra que el jesuita Roberto Persoon escribió en inglés con el título de *Las tres conversiones de Inglaterra, del paganismo á la religion cristiana*.

»Al saber la excomunion, Enrique derogó completamente la autoridad pontificia en su reino; negó el tributo anual que era pagado á la Santa Sede desde Ina, rey de los Sajones occidentales de Inglaterra en tiempo de Inocencio III; amenazó con la pena de muerte al que reconociese en el Papa la suprema dignidad de la Iglesia; prohibió que se continuaran las oraciones en favor del Papa, las cuales sustituyó con estas palabras: «De la tiranía del obispo romano y de enormidades detestables, líbranos, Señor,» y obligó á los eclesiásticos á que, por medio de juramento, le reconociesen por jefe de la Iglesia *constituido inmediatamente por Cristo*. Para esto hizo una nueva ordenacion de obispos, adoptó una infinidad de errores luteranos, de modo que le llamaron *el postillon de la reforma*, y finalmente, formó de todas las sectas una amalgama tal, que desterró la religion católica de todo el reino.

«Ya con anterioridad á estos sucesos, se habia constituido en Worms una dieta, á la cual Clemente acababa de enviar un nuncio, á fin de conciliar los espíritus de los luteranos que aumentaban las perturbaciones de Europa. Fernando, hermano de Carlos V, habia establecido en esta dieta, de concierto con la mayor parte de los príncipes y de las ciudades imperiales, que debia ejecutarse el decreto publicado en Worms por el emperador, con algunas prescripciones para detener los efectos de la herejía; pero otros príncipes partidarios del luteranismo, Juan, elector de Sajonia, Jorge, elector de Brandeburgo, Ernesto y Francisco, duques de Luneburgo, Felipe, landgrave de Hesse, Wolfgang, príncipe de Anhalt, con un número muy considerable de ciudades imperiales, Strasburgo, Nuremberg, Ulm, Constanza, Memmingen, Lindan, Heilbroun, San-Gall y otras protestaron contra el decreto de la dieta. Por este acto de protesta, los luteranos adquirieron el nombre de *protestantes* que les distingue de otros herejes.

»Durante todas estas desgracias, otros desastres parecían amenazar la religion. Soliman, con un espantoso aparato de guerra se disponía á partir en persona para invadir el reino de Hungría. El rey Fernando acudió al Papa en busca de socorro.

»Generoso Clemente VII, á pesar de las escenas de Roma, no descuidaba ocasion para unirse con lazos mas sólidos á Carlos V, y pidió al príncipe, ó que recibiese al Papa en España, ó que él mismo fuese á personarse con el Pontífice en Italia. Carlos respondió con respetuosa deferencia que el Papa debía fijar el punto donde debia tenerse la entrevista, y se convino que el Papa se trasladaria á Bolonia, á donde el príncipe iria á juntársele. Pero Clemente, atormentado por una enfermedad cruel, se vió obligado á diferir el viaje y hasta á renunciar á los cuidados del gobierno por algun tiempo, y nombró para gobernar á Roma, cuatro cardenales, á saber: Alejandro Farnesio, Andrés de la Valle, Agustin Spinola y Pablo Cesi. Poco tiempo despues, el Papa se encontró en disposicion de poder partir.

»Hemos referido, relativamente al cisma de Inglaterra, algunos hechos mas recientes que los que hoy nos ocupan; pero no podia interrumpirse el relato de estas desgracias, y nos vemos obligados á retroceder á las circunstancias que habian precedido á esta funesta separacion.

»En el congreso que se abrió en Bolonia, el Papa tuvo la dicha de ver firmada la paz entre el emperador y los venecianos, y los duques de Milan, Saboya y Mántua.

»En 24 de Febrero 1530, Clemente coronó con toda solemnidad á Carlos V, último emperador de Alemania que recibió la corona de las manos del Papa. Observáronse las antiguas ceremonias: Carlos V con la corona en la cabeza, sostuvo el estribo del caballo, que el Papa montó para la cabalgada. Tambien se observó la ceremonia que tiene por objeto recibir al emperador elegido canónigo del Vaticano antes de la coronacion, en la capilla de Santa Maria, entre dos torres que están cerca de la basilica, y para ello se levantó en la Iglesia de San Petronio, en Bolonia, una magnífica capilla que debia sustituir á la de Santa Maria.

»Algunos dias despues, el Papa publicó una bula para suplir las ceremonias que no hubiesen sido las del antiguo rito, Luego, á